

Agradecimientos

EN EL TIEMPO de composición de este ensayo disfruté del apoyo y la amistad de colegas y amigos que me resultará imposible citar. A pesar de ello quisiera recordar a algunos que vieron de cerca la gestación de este esfuerzo. Desde luego, las primeras palabras de aliento las recibí en un seminario con Carlos Marichal por lo que me complace de sobremañera agradecerle por su generosidad y su amistad, pues en buena medida con ellas me involucré en este trabajo. A Javier Garcíadiego quiero agradecerle por todo el apoyo que desinteresadamente me ha ofrecido siempre, pero sobre todo por la confianza que me ha regalado durante estos años en los que he disfrutado de su sabiduría y amistad. Los agudos y siempre pertinentes comentarios del doctor Marcello Carmagnani han guiado un buen número de las reflexiones y problemas que me ocuparon. Paolo Riguzzi me ha obsequiado con su atenta lectura y sus siempre agudos comentarios, pero sobre todo con su invaluable amistad. Con Guillermo Zermeño he tenido la oportunidad de comentar preocupaciones de éste y muchos otros trabajos por los que me he interesado vivamente y a los que normalmente retorno. De manera especial también quiero agradecer a Emilio Zebadúa, pues además de contar con su comprensión y consejo he disfrutado de su confianza y amistad para sacar adelante este tema de mutua preocupación. Quiero expresar también mi gratitud al doctor Stephen Haber por los seminarios en donde discutimos los vínculos de la banca con la economía real. El empuje, la comprensión y el interés del doctor Raúl Delgado Wisse merecen todo mi reconocimiento y una imborrable obligación. Las tundras, las vastas soledades del norte y numerosos seminarios han sido compartidos con la doctora María Eugenia Romero quien desinteresadamente me ha beneficiado de sus conocimientos.

José Antonio Bátiz me ha obsequiado con su conocimiento de la historia bancaria mexicana, además de su amena amistad y plática en el Archivo Histórico Banamex. Carmen Collado leyó puntualmente una parte de este trabajo. Las interrogantes de la doctora Babb fueron fructíferos para la mejor marcha de este trabajo. Los ánimos de la doctora Elizabeth Sánchez Garay y el interés del maestro Miguel Ochoa Santos han sido cruciales para el buen curso de este trabajo. Las sugerencias de la doctora Tortolero

ayudaron a resolver dudas estratégicas. Mi buen amigo Juan Hernández L., me escuchó y orientó pacientemente en el siempre resbaladizo ámbito de los documentos históricos. Gerardo García Gómez, villista de corazón, confió algunos de sus mejores testimonios para esta tesis. Rosa María Gasca, Guadalupe Ibarra y el siempre gentil señor Cambroni facilitaron el trabajo de mis ratos libres en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada. En el Centro de Estudios Históricos Condumex recibí el siempre afable auxilio de Josefina Moguel, de Violeta y, en general de todo el equipo que atinadamente dirige el maestro Manuel Ramos. Recibí también una magnífica atención en el Archivo Calles Torreblanca que quiero agradecer a Norma Mereles. El personal de la biblioteca Baker en la Universidad de Harvard facilitó mi estancia y trabajo en sus archivos históricos.

Otros buenos amigos: Carlos Córdova, José Miguel González, Raúl Segura y Marco Velázquez me regalaron su amistad cuando desarrollaba esta investigación. Rosa María López ha salvado la impresión de mi trabajo; armándose de gran paciencia Calis ha hecho lo propio. Rosa María Franco fue un baluarte para momentos decisivos. José Luis y Lillián han sido siempre un gran apoyo y extraordinarios amigos. Mi premura y otro tanto mayor mi descuido me producen el olvido de otros amigos a los que no he tenido la oportunidad de nombrar.

Desde luego, este trabajo no habría sido posible sin la beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, el generoso respaldo de El Colegio de México, el apoyo que recibí del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, el estímulo financiero del Sistema Nacional de Investigadores y, por supuesto, al interés mostrado por la Unidad Académica del Doctorado en Historia de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Y, por supuesto, el que suscribe es el único responsable de los yerros de este trabajo.

La Casa del Pingorongo, Zacatecas

[12 de junio de 2001]